

Genealogía y extranjería en la novela mexicana del siglo xx

JAIME ERASTO CORTÉS

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

RESUMEN. En el presente artículo se da noticia de las manifestaciones literarias de inmigrantes judíos y libaneses en la novela mexicana durante las últimas décadas. Dichas manifestaciones, clasificadas dentro del género "genealógico", nombre que le otorga Margo Glantz, son ejemplificadas en orden cronológico a través de diversos textos.

La novela mexicana de las dos últimas décadas está en proceso de ser sujeta por medio de categorías clasificadoras que han de resultar útiles para acomodar mejor la lectura, la historia y la crítica ante la amplia nómina autoral y el dilatado registro temático. Años antes, la novela de la Revolución, la colonialista, la indigenista, la regionalista eran estancos de formación práctica, objetiva e iluminadora, empero, después de la llamada Literatura de la Onda, los grupos, las corrientes, las escuelas ya no respondían tan fácil o mecánicamente al imperativo organizador del espectro literario, y así se ha debido esperar a que los textos y sus autores, en algunos de los casos, converjan en un punto de coincidencia, ya sea el histórico, descriptor lírico de los efímeros imperios del siglo xix; el político, recuperador memorístico del octubre tlaxelolco; el sexual, quebrantador de conservadurismos y de conductas preestablecidas; el descentralizador, negador de la preponderancia de la gran urbe y transmisor de las esencias de seres y vidas de las atmósferas desérticas y septentrionales; el nostálgico, puente sentimental con el pasado generacional, cultural, familiar. A este último pertenece el que Margo Glantz ha llamado genealógico:

"Todos, seamos nobles o no, tenemos nuestras genealogías" (Glantz 13). El cual encuentra manifestación y ejemplificación con la presencia de los emigrantes libaneses y judíos, según las páginas de *Las tres primeras personas* (1976) de Héctor Azar y *Genealogías* (1981) de Margo Glantz, respectivamente. A estas obras siguieron, no tan prontamente como se hubiera deseado, *Las hojas muertas* (1987) de Bárbara Jacobs, *La bobo* (1991) de Sabina Berman, *Las ausencias presentes* (1992) de José Woldenberg y *En el verano, la tierra* (1994) de Carlos Martínez Assad.

Azar y Berman, dramaturgos ambos, no acudieron a una estructura teatral, Woldenberg y Martínez Assad, historiador uno y otro, no desearon redactar un manual didáctico. Los cuatro, en cambio, optaron por el relato testimonial y autobiográfico, aunque las perspectivas y los alcances son diferentes en cada oportunidad, como habrá de explicarse. Glantz y Jacobs, narradoras y ensayistas, únicamente tuvieron que acudir a una cita con la literatura empleando lo que saben y practican de ella.

La apreciación de Jorge Ruffinelli, acerca de Azar y Glantz, que a continuación cito, ha de valer para los restantes:

La de Azar y la de Glantz son "familias lejanas" [...]. Aquí se trata de añadir a la búsqueda de los orígenes o de la identidad, la conciencia de una pérdida, de una lejanía, en torno a una cultura diferente, trasladada e inserta en la que viven al presente (5).

El abuelo, la abuela, el padre surgen como figuras que intentan escapar de la subjetividad amorosa, y para ello, Glantz, Woldenberg y Martínez Assad fincan la realidad caracterológica en el uso de la primera persona y buscan una oralidad certificadora de hechos y pensamientos. Azar ofrece una mayor galería de criaturas, y Jacobs, contrastantemente, traza los perfiles humanos con la espontaneidad que la niñez y la juventud otorgan para hablar de quien se ama.

Lo anterior indica que los escritores no confiaron sólo en el asunto noble que los ocupó, sino que también dieron sustento artístico a sus propósitos. Entendieron que el lenguaje literario era medio y fin de una empresa escudriñadora de sujetos de carne y hueso, por lo tanto, se contempla un doble retrato: el del extranje-

ro y el del hombre y la mujer. Indudablemente, los rasgos del primero se ostentan como importantes y trascendentes por lo relatado y por la expectativa del lector que como yo se pregunta: ¿Qué significa y qué consecuencias arroja el no haber nacido en México y provenir de territorios espirituales distintos? La respuesta, aquí, se halla en la literatura, acreditada ésta como la posibilidad integradora de una visión del mundo, pues no es cuestión de confiar en la literatura sino de creer en ella, si uno es sensible a los procedimientos indirectos y elaborados que la alimentan y la construyen. Tal respuesta habrá de producirse con el análisis somero de los textos que han sido acomodados de la manera siguiente: para la extranjería libanesa, *Las tres primeras personas* de Héctor Azar, *Las hojas muertas* de Bárbara Jacobs y *En el verano, la tierra* de Carlos Martínez Assad; para la extranjería judía, *Genealogías* de Margo Glantz, *La bobo* de Sabina Berman y *Las ausencias presentes* de José Woldenberg.

En *Las tres primeras personas*, un discurso de pertenencia va deslizándose entre las referencias de parientes y conductas provincianas: "Y es así como vinimos a radicar a este país, en el que crecimos, tuvimos hijos y morimos en las creencias y costumbres de la nueva tierra" (Azar 17). Conclusión que anticipa los aires respirables de sosiego:

Tú puedes caminar tranquilo por bosques y praderas, por atajos de burros y veredas, sin temor que padecer, pues aquí no hay socialistas, ni ejércitos rojos en los cuales fácilmente cunda la desmoralización (139).

Y la acumulación de sucesos y circunstancias inevitablemente desemboca en una nueva declaración: "Aquí no hay sentimiento de antiextranjerismo [...]. Yo sé muy bien que no hay que excluir a los extranjeros [...]. No he tenido ocasión de sentirme extranjero en este país. No la he tenido" (161). Y todo ello era previsible, ya que desde las primeras páginas, con "épica sordina", diría López Velarde, se escucha: "México es bueno para la vida" (35).

"Eramos felices" (Jacobs 17) es la frase sobre la que se erige *Las hojas muertas*, frase a la que se agrega "ésta es la historia de papá, papá de todos nosotros", historia donde el candor infantil

matiza el transfondo dramático de un hombre "a quien la vida fue traicionando", observa Federico Patán, y agrega: "Del optimismo y la entrega iniciales a la soledad y la amargura últimas, el texto sigue en apretada exposición los cambios sufridos por el personaje" (11). Personaje cuya extranjería no importa tanto como su exilio interior y su desarraigo vital, después de haber sido comunista en su patria, los Estados Unidos, brigadista en la Guerra Civil Española, para finalmente encarar su aislamiento en México; múltiple condición pero ideológicamente única, la cual habrá de quedar plasmada alegóricamente:

Y la otra cosa por la que optaría papá consiste en que cuando sienta llegado el momento y como peregrino que ha sido o extranjero en un mundo extraño se va a poner el par de pantalones más viejo que tenga y el suéter más viejo que tenga y descalzo [...] y va a abandonar el cuarto que ha sido prácticamente toda su casa [...] y va a preguntarse por última vez si son ricos o pobres los que duermen bajo los puentes y piden limosna por las calles y sin contestarse va a cubrirse poco a poco de hojas muertas y con tal de no contribuir ni mucho menos perpetuar el negocio de la muerte y con tal de protestar por todo hasta el último momento sencillamente va a dejarse morir y sí, él siente que de este modo sí va a poder morir en paz y dejar de ser de una vez por todas indeseable y peligroso o indeseable o peligroso cubierto por las hojas muertas (Jacobs 102-103).

Los días del abuelo libanés en *En el verano, la tierra* corren paralelamente a los acontecimientos históricos de México, iniciados en la Revolución, y él mismo delinea el pasado de su pueblo. Asimismo, un doble relato está contenido y configurado: el correspondiente al que llega al país extraño y el del descendiente del extranjero que viaja hacia la geografía de sus ancestros. Dos voces se entrecruzan, dos continentes confluyen, dos generaciones concurren y un mismo epílogo resuena:

Pero tú viniste buscando hilvanar la madeja de tu historia, de tus antepasados, y casi estoy seguro que lo lograste para regresar a México menos cargado de incertidumbres, enriquecido por los

sueños vividos, pero con el dolor de presenciar la conclusión de esta historia (Martínez Assad 151).

A éste se suman las propias palabras del escritor:

Los libaneses se han integrado de una manera muy fuerte al país, una integración que es permitida en parte por compartir la religión (Güemes 71).

Jacobo Glantz se llama el personaje de *Genealogías*. Poeta, dramaturgo, pintor. Esposo de Mijáilovna Shapiro. Padre de Lilly, Susana, Shulamis y Margarita. Minka es el nombre de la bobo, de la abuela. Los círculos familiares, sociales y culturales de Jacobo Glantz son amplios y nutridos. Los de Minka cierran, aprietan su entorno personal. Jacobo Glantz discurre, argumenta, explica, describe. Minka "sencillamente no juzga" y desde tiempo atrás "renunció a las opciones". Jacobo sufrió un ataque del grupo fascista de Camisas Doradas en enero de 1939. Minka camina por el camellón de la calle de Amsterdam y parece que lo hace por una ciudad de "abundante judería". Y ese entorno personal no deviene en social; consecuentemente, poco sabe de él, ni siquiera si es discriminatorio, porque es el esposo quien acciona y reacciona, quien "odia ecuménicamente", y quien declara: "la condición humana es odiosa: los judíos no somos el único pueblo eternamente exiliado de su hogar: cada ser humano es un alma vagabunda en el exilio; el mundo, el universo entero, es el exilio" (Berman 95).

De *Las ausencias presentes*, la crítica ha afirmado que "está lejos de una triste memoria del desarraigo". Efectivamente, porque, ante todo, exhibe de su personaje principal una vitalidad y una fortaleza de grandes proporciones, encauzadas hacia el disfrute de la vida. También, constituye un testimonio que con singular insistencia, evidente franqueza e inquebrantable seguridad ratifica las bondades y seguridades que la nueva patria ha ofrecido. Tales características emergen, de acuerdo con la opinión de José Luis Trueba Lara, de la "obsesión por lo histórico", puesto que "el Ruso es actor y espectador, juez y parte de una larga serie de acontecimientos de la historia reciente" (4). Dicha condición le

concede una completa autoridad al protagonista, quien no es recreado ni retratado por nadie más que él, a través de un procedimiento de investigación, la historia oral, que pretende cancelar la intervención de una tercera persona tergiversadora de lo real o contaminada por la sangre del parentesco.

Exposición elocuente y certificadora son las palabras del protagonista:

Así que la nostalgia no pudo conmigo, no pudo anidar. Añoré padres, hermanos, ciertos olores fuertes y colores opacos, algunas miradas que me conmovían y comentarios que ya no escuché más. Entonces comparaba el pasado y el presente, y si bien éste no parecía la tierra prometida, estaba seguro que aquello no había sido el paraíso perdido (Woldenberg 17-18).

¿Qué si he sentido o sufrido el racismo? Mire, el temor y distancia hacia lo extraño lo conozco bien. Es parte también de nuestra cultura. Quizá sea una reacción universal. Pero la agresividad extendida, la persecución como política, la amenaza sistemática, para mí se quedaron en Europa (59).

El valor de la tolerancia y la coexistencia de lo diverso puede sintetizarse en la fórmula: Estado laico y libertad de cultos. Desde la minoría es fácil apreciar las bondades de ese pilar del edificio, desde la mayoría no sé (74).

Las ausencias presentes finaliza la muestra narrativa que con valor testimonial y representatividad literaria ha servido para incursionar en la demarcación de la genealogía y la extranjería, lejanas y en buena medida desconocidas para muchos, sin embargo, la literatura, reveladora, creadora de mundos y seres, ha puesto ante nosotros evidencias, atestiguamientos y verosimilitudes de otros modos de existencia y experiencia, que no se han cimentado en la herida, el rencor, la afrenta, sino en la humana mezcla de pasiones, añoranzas, debilidades y virtudes.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Azar, Héctor. *Las tres primeras personas*. México: Grijalbo, 1977.
- Berman, Sabina. *La bobo*. México: Planeta, 1991.
- Glantz, Margo. *Genealogías*. Lecturas Mexicanas 82. México: SEP, 1987.
- Güemes, César. "Entrevista a Carlos Martínez Assad". En *El Financiero* 14 (3496), 1994: 71.
- Jacobs, Bárbara. *Las hojas muertas*. México: Era, 1987.
- Martínez Assad, Carlos. *En el verano, la tierra*. Narrativa 21. México: Planeta, 1994.
- Patán, Federico. "Relato intimista". En *Sábado*, suplemento de *Unomásuno* (537), 1988: 11.
- Ruffinelli, Jorge. "Autobiografía y literatura". En *Sábado*, suplemento de *Unomásuno* (479), 1986: 4-5.
- Trueba Lara, José Luis. "Logos y eros". En *Lectura*, suplemento de *El Nacional* (169), 1992: 3-4.
- Woldenberg, José. *Las ausencias presentes*. México: Cal y Arena, 1992.